

Claves para una lectura de los procesos de emancipación juvenil en las zonas rurales del noroeste ibérico desde una perspectiva antropológica

Enrique Alonso Población*

Introducción

Como muestran los datos de los informes de periodicidad trimestral y anual del Observatorio Joven de Vivienda (OBJOVI), la emancipación residencial en España, con significativas diferencias entre áreas del estado, se caracteriza, cuando es comparada con otros países de Europa y en consonancia con la franja sur de Europa (KIERNAN, 1986), por su materialización tardía. Además, como apuntan demógrafos y sociólogos, está fuertemente relacionada con la formación de la pareja (REHER, 1996; HOLDSWORTH, 1998).

El objetivo de este artículo es ofrecer una primera aproximación al complejo cúmulo de factores causales en interacción a que atiende el proceso de emancipación residencial de la juventud, entendiendo que los datos de emancipación que ofrecen los informes del OBJOVI son un reflejo de este proceso. Para ello, en una primera parte, me desmarco de algunas lecturas mayoritariamente aceptadas en amplios sectores de las ciencias sociales en España y Europa que, partiendo de los mismos presupuestos teóricos, reducen al máximo el complejo y multidimensional proceso de salida de la residencia de origen, que es, en su máxima expresión, una práctica social, un acto. En la segunda parte describo de forma somera dos estructuras que considero primordiales para abordar el estudio de los procesos de emancipación y los cursos de vida en las zonas rurales del noroeste peninsular: la familia y la casa, que tanto en su vertiente simbólica como estructural, se han visto modeladas al mismo tiempo que han modelado la dirección de la economía, y que ante la reciente crisis del sector de la construcción no harán más que reforzarse, al igual que lo han hecho en otros momentos de la historia reciente.

Áreas, estados, correlaciones

Durante la pasada década proliferaron los estudios centrados en la emancipación juvenil en Europa y España. Pese a sobreentender que la juventud termina cuando se materializa el proceso de emancipación familiar y con el alcance de una supuesta autonomía, gran parte de los estudios dedicados a la emancipación aislaron al individuo del grupo, obviando el hecho de que la emancipación juvenil es solamente un momento del ciclo vital de ambos, por lo que no deben ser aislados analíticamente ni presentados como entidades enfrentadas. Algunos de estos estudios consideraban solamente los datos agregados del conjunto del estado. Unos autores evitando toda incómoda comparación interestatal y relacionando la evolución de la emancipación con los ciclos económicos (GARRIDO; REQUENA, 1996), otros insertando los datos estatales en un más amplio contexto de comparación (FERNÁNDEZ CORDÓN, 1997). Estos pioneros estudios sobre juventud, basados exclusivamente en el análisis de datos secundarios, proponían la emancipación residencial de los jóvenes como una función de la situación del mercado de trabajo y del precio de la vivienda. El primero desde la teoría de la elección racional, el segundo decantándose por el mayor peso de los factores económicos frente a las dinámicas culturales en la materialización de la emancipación.

* Licenciado en Sociología y Diploma de Estudios Avanzados en Antropología Social y Cultural por la Universidade da Coruña, donde realiza su tesis doctoral. Sus líneas de investigación son la antropología del riesgo y del trabajo, así como los estudios de género y parentesco. Actualmente trabaja como investigador independiente y en conjunción con ALGA (Asociación Luso-Galega de Antropoloxía Aplicada). El autor quiere agradecer a Benjamín García la aportación de datos, a Andrés Davila las sugerencias de bibliografía y contenido y a Enrique Couceiro las referencias bibliográficas, entre las que se incluye un artículo inédito de próxima publicación.

Entre los estudios que despojan las demarcaciones administrativas de su aislamiento analítico, una gran parte lo han hecho comparando diversos estados europeos (FERNÁNDEZ CORDÓN, 1997). A partir de las comparaciones interestatales de algunos de los principales indicadores, ha sido posible establecer tipologías que han sido ampliamente aceptadas. Casi en su totalidad, los estudios centrados en la comparación de la Europa Occidental aceptan una primera división norte-sur, a partir de la cual, las caracterizaciones se han perfeccionado y se han hecho más complejas.

Una parte de los demógrafos que se han ocupado de establecer comparaciones interestatales, apoyados sobre los mismos cimientos teóricos de la elección racional, han enfatizado el impacto que tiene la diada estado-mercado en las trayectorias vitales. Entre ellos Kiernan (1986), Fernández Cordón (1997) y más recientemente Mayer (2001). Éste último toma como base de análisis la tipología de “Los tres mundos del Estado de Bienestar” de Gøsta Sping Andersen (1993), y usando como referencia siete países (Alemania, USA, Gran Bretaña, Dinamarca, Suecia, Italia y Francia), establece, a partir del análisis de aquellas instituciones que considera más significativas en la formación de los cursos de vida, una cuádruple tipología en la que España se sitúa entre los “Southern European Countries”, que considera familistas y residuales. Su tipología, retomada por otros autores (BREEN; BUCHMANN, 2002; BILLARI; WILSON, 2001 y BILLARI, 2004), sirve de apoyo a la ampliamente aceptada hipótesis de que la dirección de los “cursos de vida” dependen de manera crucial de la configuración institucional y la economía política dominante en los estados de referencia. De ello podríamos derivar que si los actuales procesos “compartidos de industrialización y globalización” fuesen uniformes, también lo serían los “cursos de vida”. La hipótesis tiene además la consecuencia de confirmar ciertas premisas de la hegemónica ideología de la modernidad, al posicionar a los países “familistas” del sur de Europa en la escala más baja de la *simbólica línea del desarrollo*. Un desarrollo que parecía disolver a la familia, símbolo inequívoco de la tradición.

Aparte de estas visiones excesivamente reduccionistas, que al fin y al cabo entienden las prácticas sociales como epifenómenos o respuestas estandarizadas a las formas que adopta el mercado y las instituciones de regulación del estado, otros autores se han debatido entre explicar las diferencias en la emancipación desde la orilla de las diferencias culturales o desde las constricciones y posibilidades institucionales. Entre estos se encuentran los trabajos de Billari (BILLARI; WILSON, 2001 y BILLARI, 2004), que reconoce que tanto las posibilidades económicas como las tradiciones familiares de las diversas áreas tienen un impacto en los modelos de transición. Evitando los argumentos unidireccionales, plantea la necesidad de entender los diferentes modelos de trayectorias hacia la adultez como un resultado agregado multicausal: “Los órdenes culturales y del estado de bienestar, diferencias culturales históricas y profundamente enraizadas, tanto como los factores económicos y políticos, y el cambio ideacional, todo contribuye a la creación de un caso extremo a nivel nacional” (BILLARI, 2004). Pese a ello, sus investigaciones, aun reconociendo el factor histórico-cultural, apoyan casi con exclusividad sus argumentos en el estudio de correlación de indicadores económicos (AASSVE; BILLARI; ONGARO, 2001).

Otros demógrafos, como Micheli (2000) en su estudio sobre el sur de Europa, hacen descansar totalmente los diferentes “cursos de vida” en las formas familiares. Éste, diferenciando en tres clases de modelos dentro del área del sur de Europa, no se desmarca demasiado de la teoría del individuo racional. Desde mi punto de vista, acertadamente propone que ante el proceso de cambio de las últimas décadas, los patrones familiares del sur de Europa, lejos de difuminarse, se han revitalizado. Sin embargo, obvia en su análisis por completo los diferentes condicionantes estructurales en los que esos tipos de familia operan, convirtiendo los “tipos familiares” en ideales estructurales homeostáticos y homogenizando al mismo tiempo el proceso de “modernización” al que hace constante referencia.

Podemos distinguir hasta aquí tres teorías que han sido predominantes entre sociólogos y demógrafos que se han dedicado, desde perspectivas eminentemente cuantitativas, al estudio de los “cursos de vida”. Una de ellas mercado-céntrica, la otra estado-céntrica; la última, minoritaria, centrada en los factores culturales. Se puede afirmar que las tres descansan en el mismo presupuesto teórico, que no es otro que el evocado por la imagen de un individuo que responde, en un intento de maximización de los resultados de sus prácticas, a los constreñimientos de su entorno. Requena hace explícita la base

teórica de sus argumentos cuando afirma que la dependencia familiar de la juventud española, ha de ser entendida “Ni más ni menos que como el balance resultante del precio que pagan por permanecer con sus padres y de aquello a lo que renuncian por el hecho de ser miembros de sus familias.” (REQUENA, 2002)¹. Lo mismo hace Mayer (DIEWALD; MAYER, 2008), y parcialmente el mismo Micheli (MICHELI, 2000), aunque se desmarque de las argumentaciones dominantes. Sin embargo, quienes tratan la cultura como una variable más en un modelo de correlaciones, trabajan con una definición muy reducida del concepto de cultura, de la misma forma que lo hacen quienes tratan el estado en el mismo modelo. El cuadro que presentan es el de un individuo a-social y pre-cultural que lucha por la maximización de su interés contra las constricciones impuestas por el mercado, las posibilidades ofertadas por el estado y los constreñimientos que le impone su cultura. Esta lógica, obviando por completo la lógica nativa en su complejidad e incoherencias (por ejemplo entre las prácticas desplegadas y la *doxa* recurrentemente articulada para explicarlas) descontextualiza la acción para explicar el fenómeno en términos previamente establecidos, trayendo a colación la omnipresente y reductora figura del *individuo egoísta*. Al fin y al cabo, como demuestra Marshall Sahlins en un análisis de la genealogía de nuestros propios conceptos y esquemas de causalidad euroamericanos, la idea del *self-pleasing man*, el individuo egoísta por naturaleza en constante búsqueda de su propia satisfacción, es una figura heredada de la mitología judeocristiana. Sobre esta representación mítico-moral, presente en gran parte de la teoría antropológica y prácticamente incuestionada en el resto de las ciencias sociales, se asientan las bases cosmológicas de nuestro conocimiento experto. Sobre ella descansan los cimientos de la teoría económica neoclásica, que son una versión burguesa de la cosmología cristiana: “La génesis de la Economía [dice Sahlins] fue la economía del Génesis”² (SAHLINS, 1996). Pero también sobre esa idea descansa la sociedad, que aparece como “algo “contra el individuo””, oponiéndose a éste “como el poder a la libido” (SAHLINS, 1996). No es de extrañar entonces, que los propios informantes se adhieran regularmente a la retórica del conocimiento experto para explicar sus prácticas, pues ambos entienden y legitiman la acción desde el mismo esquema conceptual y cosmológico (ALONSO, 2009).

Los autores citados dan por supuesto que la sociedad en sus diversas formas (mercado, estado y cultura) actúa contra la satisfacción del individuo, de ahí que en sus modelos hagan aparecer a cada uno (tanto al estado, con la inversión pública, por ejemplo, como al mercado, de la vivienda y de trabajo, y a la cultura, en su versión de “formas familiares”) como variables enfrentadas. En esta lucha simbólica, los países del sur de Europa aparecemos como los grandes perdedores, en tanto presentamos las cifras de emancipación más tardías. Con esto, ni mucho menos niego la necesidad y pertinencia de la implantación de acciones encaminadas a lograr mejoras en el acceso y calidad de la vivienda y sobre todo del trabajo (en el que los datos son especialmente reveladores), sino que mi propuesta es la de entender el estado y el mercado, y por supuesto al individuo, como un producto histórico-cultural determinado, pues al fin y al cabo, como el propio Sahlins (1988) y otros antropólogos han puesto de relieve, el capitalismo (y el estado de bienestar) no es sino un complejo sistema cultural enraizado en la historia contemporánea de occidente. Es decir, en los estudios anteriormente citados se plantean variables que están innegablemente vinculadas entre sí, pero se sobreentiende que la correlación entre ellas (unas supuestamente independientes y otra dependiente) es motivo suficiente para determinar la causalidad de una variable dependiente: la forma de la emancipación (en términos de calendario, intensidad o ambos), metonímica de los diversos patrones del “curso de vida”. Obviando el conocimiento etnohistórico, buscan la *causalidad* en la *correlación*, cuando la correlación parte de una abstracción conceptual previa e ideológicamente seleccionada; pues la historia, o la estructura simbólico-moral y cultural de una sociedad, no pueden formar parte de estos modelos al no poder ser *traducidas* al *lenguaje* de la estadística, con lo que solamente aparecen como factores anecdóticos. Podríamos plantearnos por ejemplo el mismo análisis de correlación entre las pautas de emancipación y las religiones mayoritarias en cada uno de los estados. Aunque exista correlación, estaríamos de nuevo cometiendo dos injusticias: una de ellas sería la de tratar las religiones como si fuesen cosmologías homogéneas e indiferenciadas (BRANDES, 1990), y en su caso, como productos sin historia impuestos sobre *tabulas rasas*. También estaríamos obviando las interrelaciones e

¹ Para ver otras críticas de las versiones más economicistas, ver GIL CALVO, 2002 y ALONSO; PEMÁN, 2008.

² Traducción propia.

interdependencias entre los regímenes religiosos y la formación y desarrollo de los tipos diferentes de estado, que en este caso aparecerían como variables independientes (BAX, 1991).

Defiendo entonces que todas estas variables ineludibles en este análisis (el mercado de trabajo y el de la vivienda, las prestaciones del estado de bienestar, etc.), consideradas independientes, son todas ellas un producto dependiente de la cultura y de la historia socio-económica pasada. De manera que la dirección de la causalidad cambia: la cultura deja de ser una variable independiente más, que condiciona los “cursos de vida”, para conformar, en su devenir histórico, una variable determinante que modela, en relación dialéctica, tanto nuestro modelo económico (de mercado) como nuestros modelos de estado, y se manifiesta en nuestras prácticas (“cursos de vida”) y cosmologías. El estudio de la emancipación es el estudio de la familia, de manera que para comprender su intensidad y calendario actual se hace necesario desvelar su configuración pasada. Lo mismo habría que hacer con el resto de variables consideradas independientes. Se trata tanto de despojar al estado y al mercado de su carácter a-histórico y a-cultural como al individuo de su carácter a-social y pre-cultural, pues su propio interés se haya también “previamente condicionado, y moldeado simbólicamente” (COUCEIRO, 2003).

Pautas comunes y raigambre social e histórico-cultural

Una vista a los informes anuales del OBJOVI desde 2002, junto a otros datos de los censos y padrones a nuestra disposición, nos dan la medida de la existencia de pautas comunes en la franja noroccidental de la península en cuanto a calendario e intensidad de la emancipación y otros ritos que en nuestra sociedad consideramos indicadores del paso a la edad adulta (ALONSO; PEMÁN, 2008). La Encuesta de Población Activa (EPA), así como los Censos y otras encuestas han posibilitado el análisis intraestatal, y han dado en los últimos años resultados fructíferos en España.

Pau Miret (2005 y 2006) establece una triple clasificación de la emancipación familiar en la que destaca la zona atlántica (constituida por Galicia, Asturias y Cantabria), caracterizada por mayores niveles de dependencia familiar, frente a su opuesto levantino y balear, en el que la familia nuclear es dominante (MIRET, 2005). De esta manera confirma la tesis de Holdsworth (1998), que recurriendo al conocimiento etnohistórico, afirma que en las regiones atlánticas y Canarias es posible relacionar las pautas de emancipación con los sistemas familiares troncales, mientras que el patrón del sur de España es más susceptible de sufrir el efecto de los vaivenes de la economía y los precios de la vivienda por su tradición residencial neolocal y familiar-nuclear.

Reher, combinando el análisis de datos secundarios con la producción etnográfica (REHER, 1996), diferencia las sociedades occidentales en dos áreas (REHER, 1998). Aquellas en las que los lazos familiares son “fuertes” y aquellas otras en que son “débiles”. Propone una línea divisoria entre éstas relativamente simple; entre las primeras, caracterizadas por débiles lazos familiares, se encuentran los países del norte de Europa (Escandinavia, las Islas Británicas, Países Bajos y gran parte de Alemania y Austria), y entre las segundas, en que los lazos familiares son fuertes, destaca el área mediterránea. No por ello desaparecen las variaciones regionales, que al contrario son reconocidas. El punto más fuerte de su argumento es que esta división entre demarcaciones con prácticas familiares diferentes, con todas sus variaciones internas, tienen una profunda raigambre histórica. En suma, pone de relieve cómo las diferentes prácticas familiares, de origen “incierto y distante”, condicionan la conformación de estados con divergentes sistemas de bienestar (y no del revés, como proponen la mayoría de los demógrafos), y se ven influenciados por, pero sobre todo posibilitan y modelan, el desarrollo de diferentes sistemas religiosos (la Reforma, por ejemplo) y socioeconómicos (como la Revolución Industrial). Pero lo más importante, es que poniendo de manifiesto la permanencia en el tiempo de tales lazos, propone que por muy homogéneos que sean los factores de la modernización, los resultados se verán influenciados por las raíces culturales y socio-históricas de la sociedad receptora, de manera que los resultados producidos serán inevitablemente divergentes.

Como consecuencia, podríamos afirmar mediante el uso de perspectivas cuantitativas y datos secundarios, hemos creado áreas con patrones domésticos *aparentemente* comunes. Me gustaría aquí hacer un inciso, puesto que ello provoca algunos errores detectables en la bibliografía disponible. Aunque los datos cuantitativos nos den la edad y número de personas que residen en un hogar, no por ello podremos afirmar que nos encontramos ante un “tipo” de familia determinado. Pondré un ejemplo. La familia troncal, no solamente se caracteriza por albergar en la misma residencia a tres o cuatro generaciones, como podrían identificar los censos, sino que se define por las relaciones de poder que existen entre ellas, por un determinado valor simbólico de la casa y sus pertenencias y por una determinada forma de herencia y propiedad. En caso de no darse estas relaciones de poder interno, tendríamos una familia compleja, múltiple o extensa, pero no troncal. Como segunda consecuencia del establecimiento de estos métodos, tenemos una virtud y a la vez una limitación explicativa. ¿Por qué habría de darse una relación entre patrones familiares y espacio? Por ejemplo, en el caso del occidente asturiano, en una zona que había sido caracterizada mayoritariamente como área de predominio de la familia troncal, J. Luis García y Honorio Velasco (1991), identifican gran variedad de tipos de familia diferente, afirmando que, aunque la familia troncal se daba en las zonas predominantemente agroganaderas de montaña, no era el *tipo* predominante entre familias dedicadas a otras profesiones (pesca, por ejemplo) o con menores niveles de renta. Con ello quiero decir, que el mismo espacio puede y de hecho alberga, diferentes tipos de familia dependiendo del sector laboral o la clase. Sin embargo todo esto no debe ser una limitación sino, como digo, una virtud, cuando conocemos el alcance de nuestros datos y los límites de su generalización. Pues como afirma Bourdieu, “Lo que la estadística registra bajo la forma de sistema de necesidades no es otra cosa que la coherencia de elecciones de un *habitus*” (BOURDIEU, 1991). Al fin y al cabo, y volviendo a la hipótesis vertida por Sahlins, son tan culturales los conceptos de análisis y los métodos de medición como las prácticas que tratan de medir y explicar.

La vivienda como mercancía, la casa como símbolo

Quizá no tenga espacio suficiente para desarrollar las que considero claves para la comprensión de la emancipación en algunas zonas rurales del noroeste de la península. Sin embargo, me parece significativa la idea, ampliamente recogida por la antropología española, de la existencia de pautas domésticas comunes en el norte de España, en las que uno de los deseos de los padres ha sido que al menos uno de sus descendientes permanezca en casa. A su vez, ser el *mejorado* o *mellorado*, es decir, el heredero de gran parte de las propiedades familiares para permanecer durante toda la vida en la casa familiar, fue deseo generalizado y por tanto generador de arreglos y conflictos entre descendientes de los hogares campesinos más pudientes. A la vista de las descripciones etnográficas de hace una década, parece un contradicción que unos años después nos estemos cuestionando por qué los hijos no se van de casa. Probablemente, y así lo he hecho en otro lado (ALONSO; PEMÁN, 2008), aquí encontremos un adelanto de la respuesta.

En la franja occidental de la península ibérica, apunta Lisón Tolosana en una obra en la que se describen los pormenores de algunas variantes de la casa, “Por debajo de notorias variaciones y diferencias podemos apreciar la omnipresencia y ubicuidad de la casa trigeracional –a casa gallega, la casería asturiana, la casona cántabra, el caserío vasco, la pardina aragonesa y los masos catalanes [...] y posteriormente, los pazos gallegos y los jauregui vascos- omnipresencia de la casa, repito, institución eminentemente septentrional que en una de sus variantes hizo notar ya Estrabón y que hoy todavía perdura” (LISÓN TOLOSANA, 1991). Y si, aun con cambios significativos la institución de la casa y la troncalidad habían perdurado en el tiempo, ¿por qué las condiciones de la modernidad habrían de cambiarla tan radicalmente? Desde luego que tanto la casa como la troncalidad han sufrido variaciones, pero obviar su historia reciente sería de nuevo entender las sociedades como *tabulas rasas* (COMAROFF, 1982) sobre la que se imponen las condiciones de la modernidad.

La casa, casería, casona, el caserío, la pardina o los masos han estado habitados por familias troncales. La familia troncal, de tres o cuatro generaciones, lleva consigo aparejada un conjunto de relaciones particulares y campos de fuerza interdomésticos: de filiación patrilineal o matrilineal (en

algunas zonas de Galicia), residencia patrivirilocal o matriuxorilocal y herencia bilateral, transmitida a una o uno de los descendientes en forma de *mejora* o *mellora* (LISÓN TOLOSANA, 1991). Todo ello llevaba aparejada la condición de que un matrimonio joven y en su caso los segundones o hijos solteros, se quedasen trabajando para la casa a lo largo de su vida, dependiendo de las decisiones de sus padres hasta que éstos decidieran delegar el bastón de *mando*. En este tipo de familia, los padres toman las decisiones más importantes de las vidas de aquellos descendientes que se quedan en la casa (desde el matrimonio hasta la organización del trabajo y el consumo) hasta que éstos toman el *mando* de la explotación. Hasta ese momento, que podía llegar pasada la cuarentena, sus vidas estaban a merced de la tutela de las decisiones paternas.

Hoy, la troncalidad y las pautas de herencia a la forma tradicional están cerca del colapso, puesto que las nuevas condiciones materiales, el cambio ideológico e institucional que acompañan el proceso de integración de la economía de mercado, y las diferentes condiciones en que éste se ha dado, con la mediación, al menos en el caso gallego, de la inmigración masiva, han dado como resultado una inversión de los campos de fuerza interdomésticos (ALONSO, 2008), o al menos han desembocado en una flexibilización de las relaciones familiares, que aparecen hoy con menor rigidez (ROSEMAN; KELLEY, 1999; ROSEMAN, 1999; KELLEY, 1999 y COUCEIRO, 2008). Al fin y al cabo, como el propio Lisón predecía a partir de sus trabajos de campo desde la década de los 60, uno de los cambios fundamentales con la apertura de las nuevas posibilidades de “face-la vida”, es que el poder de presión de los mayores se ve minimizado con la pérdida de valor de sus propiedades, de manera que la decisión de “quedar na casa” y convertirse en el potencial heredero, dejaba de configurarse como una elección paterna para hacerlo como decisión filial bajo condiciones filiales (LISÓN TOLOSANA, 1979). Pese a ello, en la actualidad es común que muchos jóvenes se queden, bajo su propia decisión, a vivir en la vivienda paterna.

Sin embargo, la familia troncal no fue la única forma de familia que habitó las casas, y es frecuente que familias sin propiedades que trabajar y transmitir, o dedicadas a otras profesiones (pesca, por ejemplo) se dispusiesen en gran variedad de formas de familia extensa. De hecho, como Reher (REHER, 1998) pone de manifiesto, las lealtades familiares y la fuerza de los lazos no se dan solamente en las familias troncales, sino que entre las familias no-troncales es frecuente un tipo de herencia *inter vivos* para sus hijos con carácter eminentemente informal. Lo mismo que en otro lugar hemos identificado a través de la *emicidad* “dejar arreglaos a los hijos” (ALONSO; PEMÁN, 2008), que define la finalidad y los beneficiarios de aquella herencia, pero que también denota la persistente tutela paterna en un contexto urbano.

En este contexto cultural, en el que la familia aparece como un símbolo de primer orden que no sólo responde, sino que modela y organiza como un director de orquesta el advenimiento de cualquier factor coyuntural, ¿por qué habría de perder la familia su significado e importancia?, ¿por qué habrían de debilitarse los lazos intergeneracionales? No es extraño pues, que ante los nuevos condicionantes, la familia, sobre todo en zonas en que la familia compleja en sus diversas formas ha sido históricamente dominante (REHER, 1996 y MIRET, 2005), lejos de desaparecer, se haya reforzado cobrando nuevas formas, que con diferencias detectables según zonas o sectores en los términos de sus relaciones, se pueden agrupar bajo el epíteto de “familia extensa flexible” (COUCEIRO, 2008) tal y como lo propone Enrique Couceiro. Tan flexible, que rompe con la relación geográfica tradicional espacio-tipo de familia al no formar un grupo co-residente, y tan extensa que su configuración, fluida y cambiante, no depende de una autoridad rígida sino dispersa, manteniendo sin embargo constante la estrechez de sus lazos y su importancia como símbolo dominante y “referente sociocultural básico” (COUCEIRO, 2008) en nuestro entorno rural y por extensión, en muchas ocasiones, también en el urbano (ALONSO; PEMÁN, 2008).

De hecho sigue siendo común que los padres sigan tratando de atraer a sus descendientes para que establezcan su residencia en la casa familiar o sobre todo, en las cercanías. Lo normativo se hace deseable, y no son pocos los descendientes, en muchos casos mujeres, que así lo hacen. ¿Por qué habrían de emanciparse rompiendo con los lazos familiares tal y como proponen cantidad de sociólogos y demógrafos? Es de lo más común la residencia postmarital patrivirilocal o matriuxorilocal

durante algunas temporadas; en el tiempo en que el matrimonio joven rehabilita una vieja casa familiar o construye una vivienda, por lo regular en las *fincas* de alguna de las familias, o simplemente con el fin de ahorrar para que “non tiren os cartos” [“no tiren el dinero”]. En soltería se continúa permaneciendo en la casa familiar aunque lo más habitual en estos casos es también la residencia en proximidad pasada cierta edad. Los padres tratan de atraer a sus hijos a las proximidades de su vivienda, con lo que consiguen afecto, apoyo y cuidados cuando sean necesarios, además de su ayuda en las labores “da casa” (agricultura, ganadería, labores domésticas, etc.). Los hijos mantienen un nivel de vida por encima de sus posibilidades económicas gracias a esas herencias *inter vivos* en forma de comidas diarias o en fines de semana, sustento emocional y para ciertos dominios, también material. Este tipo de apoyo y la pauta residencial en proximidad también se han trasladado a los contextos urbanos (RIVAS, 1999 y COUCEIRO, 2008), en los que la figura del *tupper* cobra especial relevancia.

Pero afirmar que la familia habita la casa es reducir la casa a su referencia física, es entenderla como un simple edificio. La casa en Galicia, en la que se incluyen el edificio, las propiedades (tierras, hórreos, animales, etc.) e incluso la familia que en ella vive, es la fundadora de las posibilidades de sus miembros (FERNÁNDEZ DE ROTA, 1984), pero es, además de disposición, un referente multidimensional; es un referente identitario y de linaje, es unidad doméstica en el sentido estructural (intradoméstica -generaciones y géneros- e interdoméstica -integrada en otros referentes estructurales primarios: barrios, aldeas, parroquias, etc.), y es a la vez referente moral, locus de derechos y obligaciones, y simbólico-ritual, pues “encuadra y organiza personas, objetos, actividades, sucesos, relaciones, categorizaciones espacio-temporales, actitudes y valores” (LISÓN TOLOSANA, 1974). La casa, pues, recurso simbólico de primer orden, que informa la acción y organiza la vida, subordina a la familia que temporalmente habita en ella (LISÓN TOLOSANA, 1979). En suma, la casa también habita en la familia y como edificio, no es sino el referente material de un denso conjunto de significados y prácticas. Entonces, volviendo al argumento anterior, ¿por qué habría de haber perdido por completo el valor, superior desde una perspectiva simbólica y moral, que ha mantenido durante largos siglos? Quizá no sea este el lugar, pero probablemente podríamos esbozar para la casa la misma trayectoria histórica que hemos esbozado para la *familia*: la casa no ha perdido su valor como referente simbólico, moral, como disposición, como categoría cognitiva y como estructura motivadora, pero ha sufrido variaciones en el tiempo, tanto en su variante simbólica y moral como en su variante estructural. Ha cobrado nuevas formas y significados en nuevos contextos tanto rurales como urbanos.

En este sentido podríamos entender el valor de la propiedad de la casa en los contextos rurales de referencia. La casa, que liga el presente con el pasado (linaje) y el individuo con el grupo (intragruppo - familia- e intergruppo -barrio, aldea, parroquia, etc.-), da sentido y coherencia a la acción y al pensamiento. Ha sido motivo de intensas luchas familiares, de arreglos y contratos extrafamiliares, de cooperación y de conflictos vecinales, etc. Hoy la casa, “versión democratizada de la Casa” (LISÓN TOLOSANA, 1974), que en el siglo XV hacía referencia a la morada de la nobleza (LISÓN TOLOSANA, 1974), como siempre, se hereda, pero también, como nunca, se compra. En este sentido es en el que debemos entender su valor, pues al igual que cada casa tiene su propia biografía particular, como toda mercancía, la casa tiene una historia social (APPADURAI, 1986). La historia social de la mercancía-casa está marcada por los cambios sociales y económicos de las últimas décadas. Por ello, su valor de cambio actual está en relación directa, no sólo a lo que consideramos y naturalizamos como valor de uso, sino también y sobre todo con su valor simbólico, histórico-culturalmente determinado.

Para terminar, yendo de lo local a lo global y de lo particular a lo general (y por ahora obviando lo mucho que dejo en el medio), quizá en el valor simbólico de la mercancía-casa tenemos que hacer descansar el motivo de la demanda de viviendas en propiedad (y el generalizado rechazo del alquiler que lleva aparejado, y que nos da la medida de su valor) en casi todo el contexto estatal (obviando la masiva compra por parte de extranjeros), y aquí podríamos encontrar una explicación (por ahora parcial, aproximativa y provisional) del crecimiento de la economía española durante los últimos años. En relación con las altas plusvalías y su carácter de “inversión”, ¿cómo entender el valor de cambio de la vivienda en España obviando la importancia de la herencia *inter-vivos* y *post-mortem*?

Pluriactividad doméstica y caída del sector de la construcción

De la misma forma que no podemos comprender la configuración actual de las casas del rural noroccidental sin atender a las formas familiares y a las obligaciones que lleva aparejada, no hemos de obviar las variaciones de la coyuntura socio-económica desde los años 60. Se puede afirmar que junto a los procesos de mecanización de las tareas agrícolas, el despegue del sector pesquero y el incremento de las posibilidades de “face-la vida” en las zonas rurales, tanto Galicia como Asturias vivieron un nuevo periodo de emigraciones masivas. Si bien es cierto que las cuencas mineras ya estaban viviendo un particular desarrollo económico, fuertemente condicionado por la institución doméstica (GARCÍA GARCÍA, 1996), en esta ocasión las emigraciones ya no se dirigían hacia América, sino hacia los grandes centros urbanos e industriales de la misma comunidad autónoma, de la península y hacia el norte de Europa. En este contexto, la institución de la casa ve modificada su configuración, sus campos de fuerzas y sus estrategias de producción y reproducción. A grosso modo, y con significativas diferencias entre áreas, podríamos decir que en muchos casos, las casas optaron por poner en marcha estrategias de producción mixtas. Como tradicionalmente lo habían hecho las familias de ciertos sectores y de los estratos sociales más pobres (por ejemplo los pescadores-campesinos), la casa deja de ser una unidad de producción en las áreas campesinas para combinar agricultura y en su caso ganadería con los ingresos de las pensiones y los sueldos de algunos de sus efectivos.

Como he puesto de manifiesto en otro lugar (ALONSO, 2008) para una zona campesina del noroeste gallego de tradición matrilineal (A Costa da Morte), en la actualidad es común que una de las mujeres (la que “quedou na casa”) siga permaneciendo como responsable de la explotación agro-ganadera siendo ayudada por el resto de los efectivos familiares y por sus padres hasta que éstos pueden trabajar en las tareas agrícolas. A los pequeños ingresos y gran ahorro derivados del trabajo agrícola se unen las pensiones de los mayores, los ingresos del trabajo extradoméstico de los hombres, y en su caso de alguno de los hijos y sobre todo hijas no casadas del grupo de edad joven en caso de que sigan permaneciendo en casa. En la actualidad es común encontrar que una de las hijas jóvenes ha optado por permanecer en la casa combinando el trabajo doméstico con los exiguos ingresos de los empleos que ofrece la zona. Por su parte, es común que en las zonas costeras de tradición agrícola y ganadera e incluso en zonas de tradición pesquera (con mucha menor intensidad que entre sus vecinos campesinos), los hombres se hayan empleado en el sector de la construcción. Este cuadro, que por supuesto está lleno de matices, y cuya configuración depende del ciclo de vida familiar y del área de referencia, nos permite ver que los hogares campesinos se mantienen hoy en día en una dualidad productiva que conforma una unidad económica indivisible, manteniendo un pié en la agricultura de autoprovisión con pequeño excedente para venta o intercambio que posibilita un gran nivel de ahorro familiar, con los ingresos de las pensiones y de los empleos extradomésticos. La estrategia productiva depende pues del trabajo orientado directamente a la provisión doméstica, con el trabajo orientado al mercado (mano de obra y/o pequeño excedente agrícola y en su caso ganadero).

La construcción ha sido uno de los sectores económicos que ha crecido con más intensidad en las zonas rurales, no sólo en la franja noroccidental, sino también en el conjunto del estado. La EPA del 2000 revelaba que si el sector de la construcción en el total de los municipios de más de 10.000 habitantes daba trabajo al 10% los ocupados, en los de menos de 10.000 empleaba al 15%, que en total representaban el 31% de los ocupados totales en el sector en España (GARCÍA SANZ, 2003). En términos autonómicos, el sector de la construcción llega a su cenit en la creación de empleo en Galicia en el cuarto trimestre de 2007, y cae a partir de entonces. En Asturias, se llega al máximo empleo en el sector en el segundo trimestre de 2008. Los datos de la EPA de ese mismo trimestre de 2008 referidos solamente a los municipios agregados de menos de 10.000 habitantes, revelan algunos datos significativos. La construcción suponía el 10% de la ocupación rural³ de Asturias, muy polarizada hacia los servicios (61%), y el 16% de la ocupación en los municipios gallegos de menos de 10.000 habitantes (en la que aproximadamente un 20% trabaja en la industria, y un 48% lo hace en los servicios).

³ El Instituto Nacional de Estadística (INE) considera que un municipio es rural cuando tiene menos de 10.000 habitantes. Adopto aquí la definición por claridad.

El aumento de la importancia del sector de la construcción en las zonas rurales hay que entenderlo a la luz de dos fenómenos totalmente interdependientes. Al primero ya he hecho referencia más arriba, y es la raigambre social y cultural de la demanda. El segundo es socio-estructural. Desde los años sesenta, el aumento del poder adquisitivo y la acumulación de capital de los efectivos rurales tanto a través de la emigración (en muchos casos de duración determinada) como de las posibilidades de obtención de ingresos en el contexto local y a través de los empleos extradomésticos, terminan con la anterior dependencia casi total de las propiedades de la casa, que pese a permitir la autoprovisión a las familias con tierras, apenas sí dejaban margen para la plusvalía (obviamente dependiendo de las propiedades de la casa). Sin embargo, una gran parte de los efectivos rurales emigrados no rompen sus relaciones con los lugares de origen. Por una parte, es común en Galicia que quienes emigran para volver a vivir en la casa familiar, inviertan parte de sus ahorros en la mejora de las viejas viviendas, o en la construcción de nuevas edificaciones en los terrenos familiares. Además es común que muchos otros que emigran a núcleos urbanos hayan invertido también sus ahorros en la compra de terrenos o en la construcción de viviendas en sus lugares de origen. Algunos de ellos como residencia de fin de semana o verano. Otros, como muchos de los que nunca emigraron, para establecer su residencia y desplazarse diariamente a sus lugares de trabajo cuando la cercanía lo permite. Sea como fuere, las distintas formas de acumulación de capital (emigración, pluriactividad o ambas sucedidas en el tiempo), derivan en una creciente inversión en viviendas. A ello, por supuesto hay que añadir la demanda de segundas residencias por parte de población urbana que las usa como residencia estival (sobre todo en zonas costeras), o permanente (que se concentra en las cercanías de zonas urbanas). Un fenómeno enteramente relacionado con éste, es la inversión realizada por algunas familias de las villas costeras en residencias para el alquiler que en no pocas ocasiones son cedidas como herencia en vida a los hijos una vez amortizadas en parte.

Sin embargo, esta demanda, al menos en parte, se ha frenado por todo el cúmulo de factores que hoy se discuten en cantidad de foros diferentes, con diagnósticos más a menos pesimistas y más o menos acertados. Como consecuencia, el sector de la construcción, que en el 2º trimestre del año pasado, empleaba al 16% de los ocupados rurales de Galicia y al 10% de los ocupados rurales de Asturias, ha comenzado una etapa de recesión, y los últimos datos de la EPA revelan una tendencia decreciente en la creación de empleo. La construcción es uno de los sectores en los que se basa la acumulación de capital de muchas familias complejas y que sustenta el nivel de vida de gran cantidad de jóvenes, muchos de los cuales han dejado, por diversas razones de índole económica y cultural, los estudios durante la adolescencia. ¿Qué ocurrirá entonces con esa estrategia de pluriactividad y con los lazos familiares? Probablemente se verá reforzada al aparecer, a ojos de quienes la viven, como la estrategia más pertinente ante los vaivenes de la economía.

Conclusiones

En la última década, los demógrafos dedicados al estudio de la emancipación familiar han criticado ampliamente una idea, la que proponía la evolución hacia la convergencia en las pautas familiares y los "cursos de vida". Sin embargo, muchos científicos sociales, reconociendo la divergencia en las formas familiares han basado sus explicaciones casi con exclusividad en las formas del mercado y su regulación por parte del estado. Al entender la divergencia desde aquella base teórica, la consecuencia directa es la de proponer políticas para alcanzar la convergencia. Personalmente, y después de exponer brevemente la emancipación desde una perspectiva cultural, no creo que la convergencia en las formas del estado de bienestar nos lleve a la convergencia en las pautas de emancipación, en el desarrollo de las trayectorias vitales o en las formas de la familia, aunque sí puedan producir ciertas variaciones de forma. Al fin y al cabo, los complejos procesos políticos, económicos e institucionales desde los años 70, ni han terminado con la familia, ni la han transformado radicalmente, pues solamente la han variado en algunos aspectos. Una de esas variaciones es precisamente la contraria de la que tantos científicos sociales previeron, pues considero que *el aumento del nivel adquisitivo ha estrechado aun más los lazos familiares*, puesto que entre otras cosas, difuminan muchos de los conflictos relacionados con la herencia.

Desde luego, en el contexto de referencia y en gran parte de la península, los lazos familiares han servido como la principal fuente de bienestar, pero además han sido una estructura de apoyo primordial en épocas de dificultad económica. En el momento actual, contemplamos una degradación de las condiciones laborales. He puesto el ejemplo del sector de la construcción, que parece ser el principio de una larga cadena. La juventud en España, ya vive en la actualidad en un contexto laboral y económico especialmente desfavorable (ver los indicadores que ofrecen los informes del OBJOVI desde 2002) y probablemente sea uno de los grupos que con mayor intensidad sufra las consecuencias negativas de la coyuntura actual y futura del mercado laboral.

Stanley Brandes (1975), proponía que la emigración en los años 70 hacia las urbes, reforzaba la solidaridad familiar, tanto en los lugares de origen como en los de recepción. Ante la actual coyuntura económica, es posible que en las zonas rurales no solamente la familia y el núcleo de la casa cobren fuerza, sino que el barrio, las aldeas o las parroquias, que forman núcleos relacionales básicos en la prestación de ayuda mutua, se verán probablemente fortalecidos, puesto que no sólo son ámbitos de intercambio recíproco en la esfera de la autoprovisión (es decir, no sólo se intercambian productos y trabajo agrícola en ciertos momentos del ciclo anual, por ejemplo –entre muchas otras ayudas–), sino también en la esfera productiva dependiente del mercado, pues es común que los lazos de amistad y parentesco sean la fuente principal de empleo. Pondré un último ejemplo. En el caso gallego, es posible que algunos jóvenes vuelvan a sus lugares de origen ante el parón de la construcción en algunos lugares de España, como Canarias. Probablemente la familia no sólo lo acogerá en su seno, sino que recurrirán a sus relaciones tanto de parentesco como de vecindad (aldea, barrio, parroquia, etc.) para asegurar su ocupación. Es posible que los empleadores, dependiendo del grado de afinidad a la casa, lleguen incluso a dar trabajo a este joven aunque no lo necesite, y con ello, las relaciones del individuo con el grupo y de la casa con otras estructuras relacionales fundamentales se verán reforzadas.

Podríamos afirmar entonces que todo cambio (tanto positivo como negativo en el dominio de la economía) es absorbido y modelado por esta estructura (la familia), que asegura la continuidad mediante su fortalecimiento ante toda contingencia.

Entender la emancipación en el contexto rural pasa por atender a todos núcleos socioculturales que estructuran las trayectorias vitales y que a la vez son reformados por éstas mediante la práctica diaria. La casa, es un núcleo primordial, y al igual que la producción de la casa descansa de una mano en la autoprovisión y de otra en el mercado, es común que para los jóvenes que deciden quedarse a vivir en las zonas rurales, la emancipación (entendida como independencia única y exclusivamente residencial), si es que se da, dependa no sólo del mercado (salarios/precios), sino también del patrimonio familiar y la herencia.

He tratado de mostrar de forma aproximativa, cómo todos estos factores están interrelacionados entre sí. La promoción en el seno familiar del retardo en la edad de emancipación de los jóvenes no es por tanto una respuesta estándar, sino modelada socio-culturalmente, previsible y no extrapolable a otros entornos culturales.

Bibliografía

AASSVE, A.; BILLARI, F.C.; ONGARO, F. "The Impact of Income and Employment Status on Leaving Home: Evidence from the Italian ECHP Sample". *Labour* 3 vol. (2001), núm. 3; 501-529.

ALONSO, E. "Elementos para la adhesión al discurso experto. El caso de la juventud urbana de Asturias", 2009 [En prensa].

ALONSO, E. *Xénero, parentesco e traballo. Un estudo antropolóxico no Concello de Laxe*. Vigo: Xerais-Excmo. Concello de Laxe, 2008.

ALONSO, E.; PEMÁN, D. *Juventud urbana en Asturias. Emancipación, traballo y redes familiares*. Oviedo: Conseyu de la Mocedad del principau d'Asturies, 2008.

- APPADURAI, A. "Introduction: Commodities and the Politics of Value". EN: APPADURAI, A. ed. *The Social Life of Things. Commodities in Cultural Perspective*. Cambridge: Cambridge University Press, 1986; 3-63.
- BAX, M. *Religious Regimes and State-Formation: Toward a Research Perspective*. New York: State University of New York, 1991.
- BILLARI, F.C. "Becoming an Adult in Europe: A Macro/(Micro)-Demographic Perspective". *Demographic Research* (2004); 14-43.
- BILLARI, F.C.; WILSON, C. "Convergence Towards Diversity? Cohort Dynamics in the Transition to Adulthood in Contemporary Western Europe". *Demographic Research* (2001); 1-28.
- BOURDIEU, P. *La Distinción. Criterio y bases sociales del gusto*. Madrid: Taurus, 1991.
- BRANDES, S. "Conclusion: Reflections on the Study of Religious Orthodoxy and Popular Faith in Europe". EN: ELLEN, B. ed. *Religious Orthodoxy and Popular Faith in European Society*. Princeton: Princeton University Press, 1990; 185-200.
- BRANDES, S. *Migration, Kinship and Community: Tradition and Transition in a Spanish Village*. New York: Academic Press, 1975.
- BREEN, R.; BUCHMANN, M. "Institutional Variation and the Position of Young People: A Comparative Perspective". *Annals* 580 vol. (2002); 288-305.
- COMAROFF, J.L. "Dialectical Systems, History and Anthropology: Units of Study and Questions of Theory". *Journal of Southern African Studies* 8 vol. (1982), núm. 2.; 143-172.
- COUCEIRO, E. "Del modo ritual. La incidencia de la acción colectiva ritualizada en la dialéctica entre estructura y práctica". *Anales de la Fundación Joaquín Costa* (2003), núm. 20; 63-88.
- COUCEIRO, E. *La familia como recurso cultural básico*, 2008 [Inédito].
- DIEWALD, M.; MAYER, K. U. "The Sociology of the Life Course and Life Span Psychology: Integrated Paradigm or Complementing Pathways?". *Discussion Papers of DIW Berlin* (2008); 1-21.
- FERNÁNDEZ CORDÓN, J. A. "Youth Residential Independence and Autonomy. A Comparative Study". *Journal of Family Issues* 18 vol. (1997), núm. 6.; 576-607.
- FERNÁNDEZ DE ROTA, J.A. *Antropología de un viejo paisaje gallego*. Madrid: CIS-Siglo XXI, 1984.
- GARCÍA GARCÍA, J.L. *Prácticas paternalistas. Un estudio antropológico de los mineros asturianos*. Barcelona: Ariel, 1996.
- GARCÍA GARCÍA, J.L.; VELASCO, H. *Ritual y proceso social: un estudio comparativo en cinco zonas españolas*. Madrid: Ministerio de Cultura, 1991.
- GARCÍA SANZ, B. *Sociedad rural y desarrollo*. Madrid: Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación, 2003.
- GARRIDO, L.; REQUENA, M. *La Emancipación de los jóvenes en España*. Madrid: INJUVE, 1996.
- GIL CALVO, E. "Emancipación tardía y estrategia familiar. El caso de los hijos que ni se casan ni se van de casa". *Revista de Estudios de Juventud* (2002), núm. 58; 1-9.
- HOLDSWORTH, C. "Leaving Home in Spain: A Regional Analysis". *International Journal of Population Geography* 4 vol. (dic. 1998), núm. 4; 341-360.
- KELLEY, H. "'If I really were a Witch': Narratives of Female Power in a Coastal Galician Community". *Anthropologica* XLI (1999), núm. 2; 133-141.
- KIERNAN, K. "Leaving home: Living Arrangements of Young People in Six West-European Countries". *European Journal of Population* (1986), núm. 2; 177-184.
- LISÓN TOLOSANA, C. *Antropología cultural de Galicia*. Madrid: Akal, 1979.
- LISÓN TOLOSANA, C. "Antropología de los pueblos del norte de España: Galicia". EN: LISÓN TOLOSANA, C. ed. *Antropología de los Pueblos del Norte de España*. Madrid: Universidad Complutense, 1991; 13-30.

LISÓN TOLOSANA, C. *Perfiles simbólico-morales de la cultura gallega*. Madrid: Akal, 1974.

MAYER, K.U. "The Paradox of Global Social Change and National Path Dependencies: Life Course Patterns in Advanced Societies". EN: WOODWARD, A.E.; KOHLI, M. eds. *Inclusions and Exclusions in European Societies*. London: Routledge, 2001; 89-110.

MICHELI, G.A. "Kinship, Family and Social Network: The Anthropological Embedment of Fertility Change in Southern Europe". *Demographic Research* 3 vol. (2000), núm. 13; 1-34.

MIRET, P. "Escolarización, mercado de trabajo y emancipación familiar en España: un análisis longitudinal a escala de comunidad autónoma". *Papeles de Geografía* (2006), núm. 43; 73-92.

MIRET, P. "Pautas territoriales en la emancipación juvenil en España. Cohortes de nacimiento 1924-1968". *Papeles de Geografía* (2005), núm. 41-42; 161-176.

REHER, D.S. "Family Ties in Western Europe: Persistent Contrasts". *Population and Development Review* 24 vol. (1998), núm. 2; 203-234.

REHER, D.S. *La Familia en España. Pasado y presente*. Madrid: Alianza, 1996.

REQUENA, M. "Juventud y dependencia familiar en España". *Revista de estudios de juventud* (2002), núm. 58; 1-13.

RIVAS, A. M^a. "Solidaridad intergeneracional. ¿Quién depende de quién?, ¿Quién ayuda a quién?". *Sociología del trabajo*, (1999), núm. 36; 109-132.

ROSEMAN, S. "¿Quién manda" (Who's in Charge?): Household Authority Politics in Rural Galicia". *Anthropologica* XLI (1999), núm. 2; 117-132.

ROSEMAN, S.; KELLEY, H. "Introduction". *Anthropologica* XLI (1999), núm. 2.; 89-101.

SAHLINS, M. *Cultura y razón práctica*. Barcelona: Gedisa, 1988.

SAHLINS, M. "The Sadness of Sweetness: The Native Anthropology of Western Cosmology". *Current Anthropology* 37 vol. (1996), núm. 3; 395-428.

SPING ANDERSEN, G. *Los tres mundos del Estado de Bienestar*. Valencia: Alfons el Magnánim, 1993.